

No es posible la poesía sin los poetas, ni la música sin compositores e intérpretes, ni la plástica sin pintores, ni las artesanías sin artífices, no es concebible, en definitiva, el pensamiento sin reflexión y sobre todo sin una reflexión que no se apoye en algo más que el vacío. Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, vemos constantemente una cultura construida sobre la ausencia de contenidos pensados, meditados, compartidos en diálogo entre sus protagonistas. Hemos recorrido un largo camino de años en las políticas culturales en nuestra nación. Ya nos habíamos acostumbrado a los altibajos, a los momentos de esplendor, algunos, y a los tiempos de improvisación, muchos. Ocurre, en los días que vivimos, que la cultura vuelve a ser el papel de celofán que se utiliza para envolver otras cosas consideradas más importantes. Colofón de prestigio para el *marketing city* más provinciano, la excusa en la que apoyar proyectos de desarrollo territorial que no sabemos a donde van, escaparate de vanidades en el que mostrar la gestión pública de cualquier tipo, la estrategia rancia del "celebracionismo", a todo eso se han reducido nuestras políticas culturales públicas. En cualquiera de los niveles de actuación encontramos ejemplos sobrados. Y tristes. Tristezas envueltas en artificios de pretendida alegría.

Habrá que volver a interrogarse, al ejercicio de la reflexión, del pensamiento ordenado referido a la realidad que nos rodea. ¿Dónde están las estrategias que confluyan con la educación de las nuevas generaciones? ¿En qué lugar están las apuestas de riesgo, de innovación? ¿Quién se encarga de la promoción y apoyo de los creadores? ¿Cuándo iniciaremos proyectos que revitalicen el asociacionismo activo y cívico desde lo cultural?. Las acciones públicas en lo cultural parecen cada vez más planas, más de imitación, encorsetadas por lo seguro, incluso impregnadas por un sedicente tufo a clientelismo de

todo tipo. Parece como si la política cultural estuviera encadenada entre la dictadura mediática, los intereses extraculturales y la necesidad de exhibir que se hacen cosas, las que sean, todas valen.

Y, sinceramente, no es así como deberían ser las políticas de la cultura. Creemos necesario y urgente que se vuelva a pensar la cultura. Alguna vez se ha hecho y suele funcionar. Buscar su lugar en el mundo, entre nosotros y con los otros. Estudiar sus procesos, sus dinámicas, la manera en que surge o se apaga. Tratar de entender qué es lo que moviliza a la gente para apreciarla tanto, cómo se crean las condiciones en que se desarrollan las formas más ricas de expresión artística, dónde encuentra su espacio más natural y rico dentro de nuestra sociedad compleja. Todos estos y otros muchos más aspectos necesitamos saber, conocer a partir de datos reales y contrastados. Todo lo demás es puro y anticuado activismo, desmemoria de lo ya hecho, soberbia de advenedizos. El esfuerzo es imperativo. Los responsables políticos están en la obligación de ofrecernos grandes marcos de acción, con contenidos e incluso un poco de ideología si es posible. Los profesionales de la gestión han de esforzarse en construir los instrumentos para la acción cultural desde la coherencia, la honestidad y la eficacia. Los creadores deben explicitar los compromisos tanto con su obra como con la sociedad. Un buen número de tareas pendientes todavía. ¿Seremos capaces? ¿Queremos afrontar estas tareas o estamos más cómodos en la situación actual? Que la cultura es riqueza y economía ya lo sabemos, que ayuda al desarrollo también, que nos coloca en el mundo global es incluso hasta posible. Pero ¿sirve para aumentar nuestra felicidad? Y sobre todo, la tarea sería pensar con seriedad si lo que hacemos se sostiene sobre algo sólido. ¿O no se trata de esto y estamos equivocados creyendo formar parte de un sector respetable?